

# Jesús

## Vida, ministerio y discipulado misionero

Santiago Silva Retamales



# Jesús

Vida, ministerio  
y discipulado misionero

Santiago Silva Retamales



*Valdivia, octubre 2021*

Bien sabemos que es imposible en pocas páginas sintetizar una vocación y misión como la de Jesús de Nazareth. Sin embargo, sí podemos apuntar algunos rasgos característicos de su ser y obra, interpretados en su contexto socio-cultural, para conocerlo mejor e imitarlo en el anuncio del Reino.

Destacamos, pues, aquello de su **identidad (ser)** y **misión (quehacer)** que se percibe como lo más original de Jesús comprendido a la luz de cómo lo entendían los contemporáneos del Nazareno. Este acercamiento a su persona y a su obra, lo realizaremos gracias a los instrumentos propios de la ciencia bíblica y desde nuestra condición de discípulos misioneros, es decir, desde nuestra fe en Cristo Jesús, Salvador y Señor de historia.

**+ Santiago Silva Retamales**  
**Obispo de Valdivia**

## Primera clave de comprensión

### *El «Reino» de Dios y el «Dios» del Reino*

Para entender la misión de Jesús hay que partir, por lo menos, de tres aspectos:

- a Jesús es el Hijo amado de Dios, hecho hombre por nosotros,**
- b con el propósito de hacer presente con su vida y ministerio, en cuanto Hijo de Dios, el Reino de su Padre (Mc 1,14-15),**
- c quien, precisamente por ser «Padre» o Abbá, reina ofreciéndonos su ser de tal, rico en vida y misericordia (Mc 14,36; Rom 8,16; Gál 4,6).**

El reinado o señorío de Dios tiene por agente revelador y realizador a su propio Hijo Jesucristo. El Nazareno no sólo anuncia que Dios *«ya reina»* o lo distintivo del *«Reino»* de Dios, sino también que reina como *«Padre»* o lo distintivo del *«Dios»* del Reino.

Es interesante constatar que, según los Evangelios Sinópticos, cuando Jesús habla del reinado de Dios evita el vocabulario propio de su tiempo. No dice que Dios es un Rey único y magnífico, con trono y una corte celestial. Tampoco dice, como lo hacen muchos Salmos, que es el Dios de los ejércitos

celestiales, poderoso Guerrero que vence a los enemigos de Israel y que, con su inconmensurable poder, ha ordenado el caos de la creación. Ni tampoco el centro del mensaje de Jesús es que Dios es un Rey y Juez justo que, por su sabiduría y poder, garantiza el derecho, destruye el pecado y castiga al pecador.

Esta teología propia de los rabinos judíos para presentar «*el reinado de Dios*» (expresión que aparece algunas veces en la literatura judía del tiempo de Jesús) no es la del Maestro de Nazaret.

## Segunda clave de comprensión

### *El ministerio de Jesús, revelación del Reino*

#### **2.1- Vinculaciones vitales de Jesús y sus palabras y acciones**

Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, pone en manos de su Padre, en obediencia filial, todo su ser para redimir a la humanidad (Lc 23,46; Heb 10,5-7).

En el siglo I y en los pueblos mediterráneos de entonces, «*el ser*» o «*la identidad*» es la correlación estrecha entre las capacidades de pensar, sentir y decidir, como un todo (***representado por el par corazón-ojos***), de hablar (***representado por el par boca-oídos***) y de actuar (***representado por el par manos-pies***).

Estas capacidades no son individuales en el sentido que manifiesten la originalidad de cada persona, sino que deben manifestar tres vinculaciones vitales (de las que depende la vida) de un judío del siglo I:

- a Al sexo o condición sexual de varón o mujer, lo que está íntimamente unido a la procreación, a comportamientos, a roles y espacios definidos por la sociedad; así, más que distinción biológica, el sexo marcaba una distinción social e imponía derechos y deberes conforme lo definido por aquella sociedad agrícola avanzada de la cuenca del Mediterráneo del siglo I.**
- b La familia extensa, donde el paterfamilias o jefe de hogar**

**tiene una influencia decisiva, dada la configuración patriarcal de la sociedad, y**

- c A Yahveh, el Dios de Israel, y éste en cuanto pueblo de Dios, emplazado a vivir determinados deberes en razón de la alianza entre Yahveh y las Doce tribus rescatadas de Egipto. La vocación de Israel es a ser santo como Yahveh es santo (Lv 11,44-45; 19,2).**

Así, la identidad en el siglo I no define las características propias del ser humano en cuanto individuo, sino en cuanto participa de determinadas realidades humanas y vitales (sexo, familia, religión), y de estas vinculaciones provienen sus rasgos identitarios. De las vinculaciones de cada uno brotan las relaciones que se espera que cada persona manifieste mediante obras y palabras, porque le corresponden, y se espera que cohíba aquellas que no son propias de su condición de varón o mujer, de miembro de tal o cual familia, de adorador de Yahveh y miembro de su pueblo santo.

Esta identidad, llamada –por lo mismo– «*diádica*» o «*corporativa*» (que depende de otros o del grupo), se define en virtud de las vinculaciones (sexo, familia, religión) regidas por su pertenencia primaria o intragrupo y de la correlación con los grupos secundarios o exogrupos (sus asociaciones de todo tipo), unos y otros muy unidos. Así, la vida en el siglo I es el arte de las relaciones en razón de las vinculaciones de las que depende la vida, relaciones que deben conformarse a los parámetros definidos por normas y costumbres que todos esperan que cada judío/a asuma y exprese en toda ocasión.

Si así se entiende la identidad en el siglo I, preguntar por la propia identidad (Mc 8,27: «**¿Quién dice la gente que soy yo?**») es preguntar por las vinculaciones vitales que explican a Jesús y que, como la gente las conoce, debieran manifestar sin gran dificultad su mundo interior o lo que hay en su corazón-ojos (su pensamiento, sentimientos y decisiones), su comunicación y contenido gracias a su boca-oídos (sus palabras, enseñanzas) y su obra gracias a sus manos-pies (sus acciones, reacciones). Todas estas capacidades humanas, originadas por la vinculación a un sexo determinado, a una familia y a una religión/pueblo, constituyen «*la identidad*» de un

judío/a del siglo I y, por lo mismo, de Jesús de Nazaret, hijo de José y María (Lc 4,22; Jn 1,45)... o al menos es lo que espera la gente.

De aquí la importancia, entre otras cosas, de señalar la pertenencia familiar, en concreto al paterfamilias del que se procede con el fin de ofrecer algunas pistas de la propia identidad: «*Santiago y Juan, hijos del Zebedeo*» (Mc 10,35); «*Simón, hijo de Jonás*» (Mt 16,17); «*Zacarías, hijo de Baraquías*» (Mt 23,35); el mendigo ciego, «*hijo de Timeo*» o «*Bartimeo*» (Mc 10,46), y así muchos otros ejemplos. De igual modo identifican a Jesús sus contemporáneos: «*¿No es éste Jesús, el hijo del artesano?*» (Mt 13,55) o «*el hijo de José*» (Lc 4,22) o «*el hijo de María y hermano de Santiago*» (Mc 6,3) o «*el hijo de David*» (Mt 1,1; 9,27; 12,23; Lc 20,41)..., hasta llegar a «*Jesús, el Hijo de Dios*» (Mt 8,29; 14,33; Lc 8,28). Pero esta identificación se recibe sólo por revelación y se acepta sólo por fe.

Según esta concepción propia de la identidad del siglo I en el pueblo de Jesús, el «*ser*» y «*quehacer*» nunca se entienden por separados. La misión o quehacer, en personas coherentes como Jesús, es siempre extensión de su ser.

## 2.2- Las palabras de Jesús

Entre las palabras de Jesús se cuentan principalmente las parábolas, las controversias e instrucciones a sus discípulos y a la gente, todo con el propósito de revelar el Reino de Dios y revelar que su señorío será como Padre o Abbá. Entre sus acciones están las de expulsar demonios, curar enfermos y comer con pecadores.

Ni palabras ni acciones de Jesús dejaban indiferente a sus contemporáneos, pues suscitaban una gran admiración por parte de la gente sencilla y, por parte de sus adversarios, la envidia y el deseo de deshacerse de Él. En ambos grupos y por la autoridad y poder de palabras y acciones, se suscitaban una serie de preguntas acerca de su procedencia (**ser**) y de su conducta (**misión**).

La razón principal es que palabras y acciones de Jesús no respondían a las vinculaciones vitales que se sabían de Él y, por lo mismo, no daban

cuenta de la identidad que la gente esperaba del Nazareno. ***¿Por qué sus palabras y acciones tienen tal autoridad? ¿Por qué atrae tanta gente? ¡Si éste no es más que un hijo del artesano José y de María! Sus hermanos y hermanas viven entre nosotros y son como nosotros ¿Es que de Nazaret puede salir alguien con tal autoridad y honra? «Y estaban desconcertados» respecto a Él*** (Mc 6,3; cfr. 6,1-6; Jn 6,42-43).

Jesús con sus palabras, sobre todo mediante parábolas, enseña las características y consecuencias del reinado de Dios y, a la vez, las notas distintivas del Dios que reina. Lo hace revelando su ser de Mesías y de Hijo de Dios (Mc 1,1), porque Él es «*el agente*» del reinado de Dios.

El Reino de Dios es de inicio oculto, casi invisible, no aparece en forma espectacular, pero «*ya está entre ustedes*» (Lc 17,21). Porque es Reino de Dios depende de Dios y ya sea que el hombre duerma o vele, la semilla del Reino seguirá creciendo hasta que llegue a cobijar a todos los pueblos de la tierra. La soberanía de Dios como Padre hay que pedirla (Mt 6,10), porque el Reino –siendo un acontecimiento ya presente– crece en busca de su plenitud.

Jesús, en cuanto «*Hijo*» de Dios, nos revela que el Reino es soberanía de Dios en cuanto «*Padre*» y quien acepta por la fe a Jesús en cuanto Hijo adquiere la identidad de hijo/a de Dios y hermano/a de los demás. Entonces, Dios comienza a reinar como Padre de un pueblo de hermanos. De estas nuevas vinculaciones con Dios gracias a Jesucristo se esperan relaciones específicas que mediante pensamientos, obras y palabras expresen esta nueva pertenencia. Este modo de pensar, hablar y obrar debe expresar los valores del reinado de Dios como Padre, indicados por Jesús sobre todo en las bienaventuranzas.

El Reino, como la semilla que se siembra, necesita que el discípulo se haga tierra buena para los frutos propios de la Palabra sembrada (Jesucristo, su ser y enseñanzas) que planta y hace germinar la filiación divina y la fraternidad. Urge vivir en discernimiento y conformidad con el señorío de Dios en cuanto Padre de un nuevo pueblo de hijos y hermanos (¡el nuevo Israel en nueva alianza!). Esta opción, que pertenece al tiempo presente,

implica desprendimientos radicales: dejar de ser piedras, espinas, maleza..., tierra infértil para la soberanía de Dios en cuanto Padre de un pueblo de hermanos (Mc 4,13-20).

### 2.3- Las acciones de Jesús

Entre las varias acciones de Jesús que revelan el «Reino» de Dios y al «Dios» del Reino destacamos dos: la curación de enfermedades que, en el Israel del siglo I, no se entiende sin la expulsión de espíritus impuros y el perdón de los pecados y la comida con pecadores y recaudadores de impuestos. Estas acciones de Jesús, como ninguna, muestran que Jesús responde a vinculaciones del todo desconocidas para la gente de su tiempo. Si Jesús habla y actúa así es porque su propósito es hacer presente a Dios como Padre, rico en vida y misericordia, cuyo reinado consiste en suscitar un pueblo de hermanos con disposiciones y conductas al servicio de todos los hombres.

Las enfermedades y males del siglo I en Israel (sordera, ceguera, lepra...) se atribuían a los espíritus impuros y a los pecados personales o del grupo familiar (Jn 9,2; Mc 2,3-5; 9,17). Si aquellas existían eran porque estos las causaban.

Esto significaba que curar una enfermedad no consistía en reponer el equilibrio físico y bio-químico del cuerpo, sino derrotar los espíritus impuros y los pecados que causaban tales males. Debido a la causa de las enfermedades, la función de sanar en Israel no correspondía en primera instancia al médico, sino al «profeta» o, en general, al hombre de Dios. De aquí que la primera percepción que la gente tiene de Jesús al verlo sanar enfermedades es que viene de Dios y que es un gran profeta (Mc 8,28). Pero Jesús no deja de sorprender, porque –a diferencia de los hombres de Dios que deben recurrir a Él para sanar enfermos– Jesucristo expulsa demonios por su propio poder y no en nombre de Yahveh, como se esperaría que fuera. Frente a este hecho, los dirigentes de Israel dan otra explicación: sanas enfermedades porque está poseído por un demonio más poderoso que el que expulsa (Mc 3,22).

De a poco el discípulo de Jesús va descubriendo el sentido profundo de estas acciones: son signos de la presencia del Reino de Dios que libera de toda opresión (Lc 10,9), porque el Dios que reina y se revela por su Hijo es Padre santo y bondadoso. Las curaciones, expulsiones de demonios y el perdón de los pecados muestran la soberanía de la vida y de la santidad divina sobre la muerte y el pecado (Lc 11,20), porque el Padre de Jesús es Vida y es Santo, y su quehacer no es más que concreción de su ser.

Comer con pecadores es una acción rechazada por los judíos piadosos, porque la comida o el banquete –en aquella época– no es tanto para alimentarse, cuanto una ceremonia social y ritual con la finalidad de validar el espacio social y religioso al que se pertenece, ofreciendo así una clara señal a los demás del honor y la autoridad que se ostenta, valores fundamentales en el siglo I. Es decir, las comidas y banquetes se realizan para certificar el nivel social y religioso de cada comensal, mostrando quiénes son los justos y quiénes los pecadores, quiénes los ricos y quiénes los pobres, quiénes lo que cuentan con honor y quiénes los indignos. De aquí, las estrictas normas y protocolos que rigen las comidas para no dañar estos valores que son públicos. Quien es invitado a un banquete debe preocuparse qué va a comer, con quién lo va hacer, cuándo va a comer (no puede hacerlo en día de ayuno o un día sábado) y qué lugar ocupará en el banquete (Lc 14,7-9), de lo contrario entregará una pésima señal respecto a su propia condición, lo que se traducirá de inmediato en la pérdida de buena fama y de influencia.

El discípulo, que participa en comidas con Jesús, va descubriendo de modo progresivo el sentido profundo de su comensalidad: el Mesías comparte la mesa con pecadores y publicanos o recaudadores de impuestos, porque Dios, su Padre, es sobreabundancia gratuita de bondad y perdón para todos ellos (Mc 2,17). Por esta razón, las comidas del Hijo son manifestaciones de la voluntad salvadora del Padre de restituir la dignidad de las personas y de construir entre los hombres una relación fundada en su reinado de Padre. Por lo mismo, la comensalidad inaugurada por Jesús es expresión clara de la relación de hermanos que comparten vida y pan.

## 2.4- Las vinculaciones vitales de Jesús

La gente ni sus discípulos se explican realmente quién es Jesús, simplemente porque lo que Él dice y hace no expresan del todo las vinculaciones vitales que se le conocen (sexo; familia; religión/Israel). Sin duda que compartían una pregunta recurrente entre ellos: **«¿Cómo el hijo de un artesano de una aldea sin ninguna importancia puede hablar con una autoridad tal y realizar los signos prodigiosos de los que somos testigos?»**.

El eje central de la formación de los discípulos por parte de Jesús está dirigido a revelarles cuál es su vinculación que sí explica a cabalidad su misión frente a Israel. Quien convivía con Jesús, poco a poco percibía que la forma que tiene Jesús de relacionarse con su propia familia sanguínea, con Israel y con Dios es del todo peculiar, puesto que rompe esquemas. Es decir, no responde a los parámetros que se esperarían de un varón israelita piadoso, miembro de una familia de artesanos del siglo I que vive en Nazaret. De aquí que sean tan recurrentes las preguntas acerca de quién es Él (Mt 8,27; 21,10; Jn 21,12), y algunas tan directas como: **«¿Quién eres tú?»** (Jn 1,19) y **«¿por quién te tienes a ti mismo?»** (Jn 8,53). Estas preguntas responden –en realidad– a cuál será la vinculación que explica los modos de relacionarse del Nazareno con Dios y con Israel, sus acciones y sus enseñanzas.

Revisemos algunos datos de los Evangelios.

Jesús ama a su madre María, a su padre adoptivo José y a sus parientes, pero proclama que viene a crear una nueva familia que no se funda en la sangre, sino en la fe en Él como el Mesías que viene a dar a conocer la voluntad de quien lo envió (Mc 3,31-35). Se relaciona con sus discípulos como lo hace un rabino de Israel y les exige obediencia y respeto como maestro que es, pero a la vez es cercano y comparte su vida con ellos, y –además– suscita aquel santo temor, propio de los que testimonian a Dios en el mundo de los hombres (Mc 4,41). Hay, pues, un misterio que lo habita y que el discípulo no es capaz de descubrir, pues sólo lo hará gracias al don del Espíritu. Es un rabino especial, pues no centra su instrucción en la Ley, sino que reinterpreta la Ley a la luz de su misión (Lc 24,25-27). Ejerce una gran

influencia en el pueblo sencillo y muchos lo siguen, lo que debiera llenarlo de orgullo (¡muchos rabinos lo quisieran!), pero anhela el encuentro a solas con Dios para orar, y se separa de la multitud con el fin de instruir a los suyos. Como judío, peregrina a Jerusalén, al Templo de Yahveh, a ofrecer oraciones y sacrificios, pero anuncia su destrucción, porque Él es el Nuevo Templo donde realmente se produce la comunión con Dios (Mc 11,15-18; Jn 2,13-22). Ingresa como rey a Jerusalén y afirma que es tal (Mc 11,7-10; 15,2), pero nadie tiene claro de qué reino se trata.

¿Qué vinculación será la que explique esta forma de relacionarse?

Sin oponerse a que el Dios de Israel sea confesado como todopoderoso, sabio, juez..., se refiere a Yahveh como «*su Abbá*» (Mc 14,36), que significa «*Padre*», pero con todo aquel matiz de cariño y confianza que sólo un niño sabe dar a este término arameo cuando reclama la atención de su papá. Jesús transmite a los suyos esta propia vinculación filial, pidiéndoles que también ellos se vinculen con Dios como lo haría un hijo con su abbá. Si esta es la vinculación vital de Jesús con Dios, transmitida a los suyos, se entiende que el Padre nuestro (Mt 6,9-13) sea la primera y fundamental oración que le enseñe a sus discípulos.

De a poco estos descubren que el particular modo de relacionarse de Jesús depende de su exclusiva vinculación con Dios: el Nazareno es su Hijo amado y obediente. Yahveh, pues, es su Abbá. Esta vinculación es de un orden muy distinto a como un judío se confiesa hijo de Dios y se relaciona con Él. Vinculación y las relaciones que se derivan de ella explican las enseñanzas y comportamientos de Jesús. Por esto las típicas vinculaciones que la gente conocía de Jesús no podían dar razón de sus enseñanzas y obras. Es decir, si las vinculaciones de Jesús no explicaban la identidad que la gente esperaba de Él era porque lo que pensaba, decía y hacía provenía de otra vinculación que no lograban distinguir con claridad.

Jesús deja de ser sólo «*un varón*» israelita del siglo I para convertirse también, como recreador de la humanidad, en arquetipo de ser humano creado y redimido por Dios (1 Cor 15,21.45.48). Él es «*el Primogénito de toda creatura*», «*el Hombre perfecto*» a quien el discípulo está llamado a imitar (Ef 2,14-15; 4,11-13.20-24; Col 1,15-16; 3,9-10). Jesús crea una familia

de pertenencia o intragrupo que, si bien puede incluir la sanguínea, no se limita a ésta, pues la organiza no en razón de la sangre, sino de la fe en el Mesías y la obediencia a la voluntad del Padre revelada por Él.

Entonces, los miembros de esta familia descubren con claridad «*otro Dios*»: el Dios de Israel que, más que Creador, Juez y Rey, es el Padre de Jesús que se hace Padre de los de Jesús. La actitud frente a Él es la propia de un niño que se deja abrazar por Jesús, agente del Reino de su Padre: sumisión, confianza e imitación (Mc 10,13-16).

## 2.5- Identidad y misión de Jesús

### ¿Cuál es la misión de Jesús?

Desde la perspectiva presentada, la misión de Jesucristo es hacer realidad el reinado de Dios en cuanto Padre mediante el regalo de su propia condición de Mesías e Hijo de Dios hecho hombre (Mc 1,1). Jesús, pues, no sólo es el revelador del reinado del Padre, sino también el agente que hace posible su realización.

Palabras y acciones de Jesús revelan su vinculación vital con Dios (o «*identidad*») de la que brota un tipo de relaciones específicas que explican por qué enseña y obra así. Jesús es el Hijo de Dios enviado como Mesías o Cristo a rescatar a Israel y cumplir las promesas de los profetas para su pueblo. Su relación filial con Dios y mesiánica con Israel explica su autoridad y el don de la salvación que ofrece. Lo que Jesús hace y dice manifiesta que Dios quiere reinar como Padre y que su amor, vida y santidad, ofrecidas a todos, construyen un pueblo de hermanos donde no tiene cabida la marginación sexual, social ni religiosa, la injusticia y la rebeldía (Rom 10,12; 1 Cor 12,13; Gál 3,27-28; Col 3,9-11).

Desde el tipo de vinculación vital con Dios, la misión de Jesús se entiende como el regalo de su misma condición de Hijo obediente, atento a las cosas de su Padre (Lc 2,49), y de su condición de Mesías entregado a la cruz para hacernos partícipes de su experiencia filial, centrada en el amor incondicional de su Padre por Él. Su misión, pues, tiene por principal finalidad revelarnos la intimidad de su Padre y hacernos partícipes de su vida de Hijo,

que Él tiene por naturaleza, único camino para conocer al Padre y vivir en comunión con Él. Pero la aceptación del don de la filiación necesariamente exige la participación en el «*nuevo Israel*» o «*nueva familia*» de Dios, la de los hijos e hijas que, por gozar de la misma vida divina, están llamados a relacionarse como lo que son, hermanos y hermanas.

Pero esto no es todo, pues falta aún presentar el misterio pascual de Jesús en Jerusalén como revelación de su ser y misión, manifestación radical del «*Reino*» de Dios y, sobre todo, del «*Dios*» que quiere reinar, cómo quiere hacerlo y para qué quiere hacerlo.

## Tercera clave de comprensión

### *El misterio pascual de Jesús, revelación del Reino*

#### **3.1- Ministerio en Galilea y Pascua en Jerusalén**

No se puede separar el anuncio del Reino en Galilea de la Pascua de Jesús en Jerusalén (pasión, muerte y resurrección): el primero prepara la Pascua y ésta, culmina la obra de Galilea. Anuncio y Pascua se reclaman uno al otro al punto que el destino de Jesús en Jerusalén sólo se explica por su ministerio en Galilea. Por lo demás, los hombres rectos como Jesús, siempre mueren por lo que viven y proclaman. Esta es una preciosa clave para entender el sentido de la Pascua de Jesús: imurió y resucitó por lo que anunció!

Ya indicamos cuál fue la misión de Jesús según su ministerio en Galilea. El Mesías e Hijo de Dios (Mc 1,1) viene a hacer realidad la soberanía de Dios como nuestro Padre rico en vida, misericordia y santidad. La forma de hacer realidad el reinado de Dios como Padre es ofreciéndonos su condición de Hijo amado y obediente, poniendo en obra en medio nuestro su condición de Mesías y enseñándonos a vivir como hijos en el nuevo Israel o nuevo pueblo de Dios. Esta es la vocación de la nueva familia de Dios: una Nueva Alianza que confiere un ser y comunión impensadas, la de auténticos hijos de Dios y hermanos de los demás.

La historia de la salvación no sólo requiere del designio del Padre, sino también del compromiso del Nazareno en cuanto hombre con conductas humanas. Su condición de Hijo de Dios encarnado reclama,

por ser verdadero hombre, una opción libre y consciente por su Padre y su voluntad, es decir, la aceptación del designio del Padre de entregar su ser de Hijo y Mesías para salvación de todos (Gál 1,3-5). Lo hará si su identidad de Hijo obediente y Mesías salvador la expresa mediante palabras y actos que respondan a su vinculación característica con Dios. En efecto, así lo hace revelándose en cada momento de su ministerio como Hijo que complace a su Padre Dios, porque lleva a cabo la obra de la salvación para lo cual lo ungió con el don del Espíritu (Mc 1,6-11). Aún más, para Él no hay otro alimento que hacer la voluntad de su Padre, manifestando así su condición de Hijo (Jn 4,34; 5,30). Y la voluntad del Padre avala a Jesús como agente del Reino, pues consiste en que todos los que vean a su Hijo y crean en Él, tengan vida eterna (Jn 6,38-40). Por tanto, la Vida se adquiere cuando se escucha, se ve, se contempla y se toca al Hijo (1 Jn 1,1).

Si esta es su misión en Galilea, su destino en Jerusalén se explicará también por la misma razón: por su opción radical de hacer la voluntad del Padre y por los mismos motivos del Padre, llevar adelante su designio de salvación. El Mesías e Hijo de Dios fue obediente hasta la muerte y muerte en cruz, para hacer que su Padre fuera «*nuestro Padre*» rico en vida y misericordia.

Desde esta perspectiva, la Pascua de Jesús es el acontecimiento por excelencia que revela a Dios en cuanto Padre y cómo su amor de Padre desborda toda medida, porque quien padece y muere es su Hijo primogénito y amado! (Rom 5,6-8; Ef 2,4-6).

### **3.2- Misterio pascual y camino a Jerusalén**

En el camino a Jerusalén, que Lucas convierte en escuela de discipulado (Lc 9,51-19,28), Jesús manifiesta a los suyos qué rumbo adquiere su vida y por qué motivo.

Por un lado, los tres anuncios de la pasión y resurrección apuntan a dos acontecimientos: Jesús morirá en Jerusalén a manos de los dirigentes de Israel y de los paganos, pero Dios lo resucitará a los tres días, porque se ha puesto en las manos del Padre que no lo abandonará en la muerte (Mc 8,31).

Por otro lado, siempre de camino a Jerusalén, Jesús manifiesta la razón de ser de esos acontecimientos: el servicio de la propia vida entregada «**en rescate por todos**» (Mc 10,45). Así lo entendió la primera y fundamental predicación cristiana o kerigma: «**Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras**», es decir, según la voluntad de Dios a favor de Israel (1 Cor 15,3). Así también lo expresa Pablo: Jesús «**fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación**» (Rom 4,24-25). Y en lo mismo insistió Pedro desde su primera predicación (Hch 2,38; ver 10,43).

Si en Galilea el ministerio de Jesús es revelación de su ser, de su experiencia filial y de cómo formar parte de la nueva familia de Dios, en Jerusalén culmina este propósito poniendo su vida de Mesías e Hijo a disposición del Padre para hacer realidad su designio de salvación: el perdón de los pecados y la herencia de los santificados (Hch 26,18). Con el Cuerpo entregado y la Sangre derramada de este Nuevo Cordero se sella «*la Nueva Alianza*» entre Dios y su nuevo Israel, la Iglesia (Lc 22,20; 1 Cor 11,25).

### 3.3- Misterio pascual y mesa de la Eucaristía

Luego, poco antes de morir, Jesús convierte una celebración de pascua judía en lugar privilegiado para mostrarle a los suyos la misión que el Padre le había encomendado. Como nunca, su misión hay que comprenderla al trasluz de la teología de la Antigua Alianza. Al transformar el pan en su Cuerpo que va a ser entregado y el vino en su propia Sangre que va a ser derramada, abre para los suyos la plenitud del Reino dispuesto por el Padre, transformándose Él mismo en maná o alimento de la Nueva Alianza (Lc 22,14-18.29-30). Quien se da es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y se da como fuente de vida nueva en orden a la integración en el Reino del Padre gracias a la adquisición de las nuevas vinculaciones identitarias de filiación y fraternidad por parte de los suyos.

La Nueva Alianza es el pacto de comunión plena y definitiva entre Dios y la humanidad, hecho posible por la entrega del Cordero de Dios (Heb 7,22; 8,6-13), «**víctima de propiciación por nuestros pecados**» (1

Jn 2,2; 4,10). Por Cristo, hoy ya es posible el gran ideal del judaísmo: vivir realmente en santidad y en la presencia de Dios. El sacrificio y la sangre de los corderos pascuales derramada en el Templo para invocar la purificación de los pecados, propios de la Antigua Alianza, fueron incapaces de purificar las transgresiones de Israel y conceder la herencia prometida a los elegidos (Heb 9,15; 10,11). La Nueva Alianza supera a la Antigua, pues el Cuerpo entregado y la Sangre derramada del Hijo, Mesías y Cordero de Dios es lo que de una vez para siempre destruye los pecados y santifica, haciendo realidad la comunión con el Padre y el conocimiento y cumplimiento de su voluntad (Heb 9,26; 10,29; 13,20-21).

Según la mesa de la Eucaristía, la misión de Jesús es hacer presente «*entre ustedes*» el Reino de Dios (Lc 17,21) y conducirnos hacia su plenitud mediante el alimento de su Cuerpo para vivir como hijos de Dios y hermanos de los demás. Así Dios reina, cuando su soberanía de Padre es cada vez más intensiva y extensiva. El Reino de Dios no es un estado territorial, sino la aceptación y vivencia de vinculaciones y relaciones impensadas, es decir, de una nueva identidad gracias a Jesucristo. El Reino exige otro modo de ser y quehacer, casi siempre alternativo al del mundo de hoy.

### **3.4- Misterio pascual y la cruz del Calvario**

El relato sinóptico de la pasión de Jesús se construyó teniendo presente las profecías acerca del Siervo de Yahveh. Esta enigmática figura presente en cuatro poemas del Segundo Isaías (Is 40-55; el cuarto poema: Is 52,13-53,12) recibe la misión de convocar a las tribus de Israel y ser luz de las naciones para que la salvación de Dios brille en todos los rincones de la tierra. El medio para lograrlo no es la victoria aplastante sobre los enemigos de Dios y de Israel, sino la entrega de la propia vida a un fracaso aplastante: golpes, insultos, salvazos, desprecio y rechazo... hasta arrancarlo de la tierra de los vivos. Sin embargo, no padecía a causa de sus propios pecados, porque eran nuestros sufrimientos y males los que cargaba: «*Sufrió el castigo para nuestro bien y con sus heridas nos sanó... Mi siervo, el justo, traerá a muchos la salvación cargando con la culpa de ellos... así intercedió por los pecadores*» (Is 53,4.5.11.12).

Quien muere en la cruz es el Hijo obediente de Dios, quien –cual Siervo de Yahveh– lleva en su propio cuerpo nuestros pecados para que sus heridas nos sanen y vivamos como Dios quiere (1 Pe 2,21-25). Por su obediencia a la voluntad de Dios, el Crucificado se convierte en «*fuerza y sabiduría*» del Padre y por Él, Dios nos ofrece su vida y misericordia que vence el pecado y la maldad (1 Cor 1,23). El Reino de Dios no se construye con la espada, sino con la cruz, no necesita de maestros de la Ley ni de sus discípulos, sino de «*discípulos del Reino*» (Mt 13,52) que se abran gozosos a la vida y a la gracia que brotan del Corazón abierto del Hijo (Jn 19,34).

Jesús murió en la cruz para ser fuente de reconciliación del hombre con Dios y de los hombres entre sí (Ef 2,16; Col 1,19-20). Una vez muerto al pecado, la vocación del discípulo es vivir liberado de él y de su poder, para servir a Dios como creatura nueva, como hijo y hermano redimido (Rom 6; 8,2). La soberanía del Padre se realiza porque, gracias a la obra de Jesús, nos arrancó de las tinieblas y nos trasladó «*al Reino de su Hijo amado, de quien nos viene la liberación y el perdón de los pecados*» (Col 1,13-14). El discípulo fue cambiado radicalmente de «*lugar*» por el Padre: del reinado del pecado y su fuerza, al reinado del Hijo y su amor. La salvación es «*re-creación*»: cambio sorprendente de vinculaciones vitales, de relaciones y de palabras y acciones que las manifiesten.

### 3.5- Misterio pascual y la tumba vacía

Porque el Crucificado ha resucitado, la tumba está vacía (Mc 16,6). No está vacía porque se hayan robado su cuerpo, como lo planteaba el rumor interesado esparcido por los dirigentes de Israel (Mt 28,11-15).

¿Cuál es ahora el destino de Jesús? Ha sido hecho «*Señor*» por su entrega humilde y obediente al Padre, quien lo exaltó o situó junto a sí, otorgándole la soberanía y la gloria de los vencedores, es decir, un «*Nombre sobre todo nombre*» (Flp 2,6-11). Por haber sido exaltado a la derecha del Padre, Jesús fue hecho para siempre «*Señor y Mesías*» (Hch 2,36), «*Jefe y Salvador*» de la nueva familia de Dios (Hch 5,29-32). Su actual condición, perpetúa el fruto de su entrega: el perdón de los pecados y la comunión de

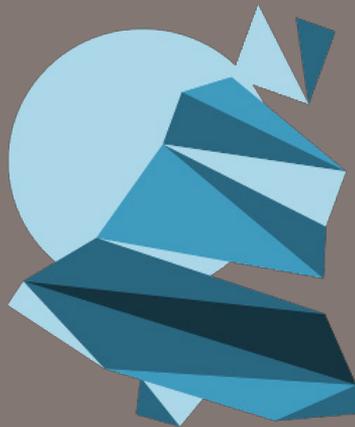
hijos con Dios, constituyéndose así en fuente de «*salvación, santificación y redención*» para todos los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares (1 Cor 1,30; cfr. Heb 10,12-13).

Porque el Señor es el Cordero degollado y victorioso (Ap 5,12-13) es posible la fe, la conversión y la integración en la familia de Dios y, con ello, la salvación (Hch 2,47). Los que en fidelidad sigan al Cordero que venció el pecado del mundo (Jn 16,33), también vencerán los poderes que buscan la derrota del «*Rey de reyes y Señor de señores*» y de los que le pertenecen (Ap 17,14).

Al fin de los tiempos, el Reino del Padre entregado al Hijo será devuelto al Padre cuando el Hijo, por el ministerio de los suyos, destruya todo dominio, potestad y poder (1 Cor 15,23-24). Entonces y sólo entonces, «*seremos bien lo que seremos*» (de la Liturgia de las Horas).







ÁREA  
COMUNICACIÓN  
OBISPADO DE  
VALDIVIA

SERIE BIBLIA Y NUEVA EVANGELIZACIÓN